

El tren de la nostalgia de Ismael San Miguel Quiñones

Jerry Torres Santiago
Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico en Mayagüez

La nostalgia es una flor de dulce aroma. Es, de acuerdo al mataburros, “la pena de verse ausente de la patria o de los deudos y amigos”. Y también, nos dice la Academia, es una “tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida”. La palabra, que nos llega a través de los romanos, procede del griego *Nóstos* (regreso) y *algia* (dolor). Sentirse nostálgico es como estar en un viaje de ida a los momentos dichosos, esos que la mayoría de nosotros relacionamos a la niñez, y que, al final, nos causan tristeza. La distancia de los años provoca que ese regreso imaginario sea comparable a un tren de muchos vagones. ¿Por qué surge esa imperiosa necesidad de subirnos a ese tren? ¿Es quizás un síntoma del pesado fardo de la edad? ¿O es una manera de conjurar la tristeza de lo perdido reconstruyendo los hechos para vivirlos nuevamente y ser felices?

La nostalgia parece ser una pasión de mirar pintando la lejanía con colores armoniosos que nos produce un placer calmante. No solamente recordamos nuestro pasado, sino que también sentimos nostalgia por el pasado que no vivimos, el de la patria, el de otras personas y el de la comunidad a la que decidimos unir por siempre nuestro destino. Y es ese acto de la voluntad -la decisión de quién soy y de dónde vengo- lo que llama la atención como primer asunto al momento de leer el texto de

Ismael San Miguel, una decisión personal de escoger el pueblo de Yauco como la piedra fundamental de su existencia como persona y como ciudadano. Cuando, desde la terraza de su casa, contempla las luces parpadeantes del Cerro, el autor se reafirma en su yaucanidad, en fortalecer las raíces del árbol de su vida, en regresar a la fuente de su identidad.

El tren de la nostalgia que ha creado el autor es un viaje, como él mismo anota en el subtítulo de la obra, un viaje a la historia. De modo que la mirada que se hace al pasado intenta rescatar los hechos como fueron de acuerdo a la rigurosa disciplina objetiva que es el escribir historia. ¿Dónde, entonces, trazamos la línea entre la ficción y la realidad? Planteada la pregunta de otra forma, ¿queremos dibujar la raya entre lo imaginado y lo vivido? ¿Es posible deslindar la vida y el sueño? Hechos y ficción son -valga la imagen- dos alas del mismo pájaro.

Arturo Pérez Reverte, laureado escritor español y miembro de la Real Academia, en una amena conversación con los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico hace muchos años, confesó que la diferencia entre el periodismo y la literatura era que esta última era totalmente ficción. Hay que aclarar que Pérez Reverte inició su carrera como periodista asignado a cubrir los terribles

eventos de la guerra de los Balcanes. Lo que me cautivó de la distinción que hizo Pérez Reverte es que la literatura es, y cito, “totalmente ficción”; lo cual, a mi entender, sugiere, sin decirlo, que el periodismo es parcialmente ficción. La vida es sueño y el sueño es vida.

Cuando nos enfrentamos al texto que ha escrito San Miguel se eleva esa dualidad antes descrita como una carta de presentación del autor. Se han tomado hechos de nuestra historia, es decir, hay en el texto un fundamento racionalmente constatable, el cual se usó para generar una obra estética en la cual la fantasía añade el elemento creativo propio del autor. Es decir, no estamos frente a un libro de crónicas, sino ante una redacción que, partiendo de una verdad, sube al nivel propio de la creación literaria. Es un acercamiento deliberado con una clara intención didáctica. El autor propone a las nuevas generaciones de lectores una visita amena y excitante al pasado con el aliciente de una narración clara, breve, directa, agradable.

La estructura del libro está enfocada en ser un vehículo cómodo. Este es un tren diseñado por un experto en mercadeo, por lo cual, las necesidades del usuario han sido perfectamente comprendidas y servidas. Los vagones del tren son doce: cada uno contiene un cuento relacionado a una época de nuestra historia. El primero, titulado “Oubao Moin”, nos remonta a la antigüedad, a la época del pueblo que los castellanos llamaron taínos. La realidad histórica es el violento desplazamiento de los aborígenes de esta tierra y su refugio postrero en los montes de Maricao. El último vagón del tren nos

hace mirarnos al espejo inmediato. Somos testigos de otro desplazamiento violento, el de los puertorriqueños que se ven obligados a migrar a tierras del Norte. Entre estos dos vagones desfilan, cuento tras cuento, las realidades más cruentas de nuestra historia matizadas con el pincel artístico del que cuenta.

La razón de ser de esta flor llamada nostalgia y de este libro es, según me parece, un homenaje de gratitud a un escenario, una persona y una inspiración. El escenario es el vibrante barrio urbano que se conoce oficialmente como Yauco Norte, pero cuyo eterno apelativo es El Cerro. Es la imagen del Yauco recostado sobre un monte que le pareció un Belén al poeta José Gordils a principios del siglo 20. Esa comunidad de casas de madera, calles empinadas, escaleras y callejones, pobreza y decencia, lucha diaria, tesón y solidaridad, peligro y ayuda, de sol y de nubes oscuras; es la parada final de este tren que ha puesto en marcha el autor. Un homenaje noble a la calle Laurel.

La persona que evoca la gratitud plena es la madre del autor, sin la cual no sería, de acuerdo a sus palabras, el hombre que es hoy. Me contaba el autor que su casa era una estructura sencilla de solo dos cuartos separados por una pared que no llegaba hasta el techo. Cuando el insomnio turbaba las noches del niño Ismael, allí estaba la voz de su madre contando cuentos desde el cuarto continuo. El niño agradece con hechos y palabras los sacrificios y enseñanzas de la coautora de sus días.

La inspiración del libro es el abuelo materno Eugenio Quiñones

González. Tabaquero de oficio, el abuelo hizo nacer en el autor el amor por la lectura, el aprecio por los valores (particularmente la justicia), y un proyecto de vida marcado por la superación y el servicio a los demás. Algunos de los relatos -particularmente uno de los cuentos que más me gustó es “El Gato y las Mariposas”-, están fundamentados en las narraciones del abuelo. Por supuesto que la narración oral con la vitalidad de los gestos faciales, de las flexiones en el tono de la voz, y ese ambiente mágico especial que se da entre abuelos y nietos, no puede ser transmitida con la palabra escrita. Pero queda en el aire, después de leer estos cuentos, algo de esa magia sencilla y profunda.

La vocación educativa del autor, que es profesor universitario, se articula en una estructura sencilla como hemos dicho y en el acomodo de apostillas al final de cada cuento. Como la recapitulación que hacemos para resumir el contenido en las clases, San Miguel regala al lector una referencia histórica, una reflexión o un comentario adicional que redondea la experiencia de leer, la cual completa con imágenes que de por sí, son también un cuento pero gráfico. Con igual cuidado que el uso de las apostillas, el autor utiliza el idioma, mezclando apropiadamente vocabulario sencillo de fácil entendimiento con puertorriqueñismos deliciosos que lamentablemente no son conocidos por las generaciones recientes. Patidifuso, trinco y chango, son algunos ejemplos de palabras creadas en nuestro país y que deberíamos atesorar.

Figuras de nuestra historia y cultura, como Pablo el Negro, Fidel

Vélez y Juan Bobo, son reinventados por el autor, añadiendo a estos personajes conocidos ribetes y facetas que enriquecen el aprecio que por ellos hemos desarrollado. En otras ocasiones, el autor rescata del anonimato personas reales de las cuales la historia no nos dice mucho, como es el caso del soldado desconocido, el muerto como decimos en Palomas. Porque ese ser anónimo cuyos restos fueron enterrados en la carretera de Yauco a Guánica es, para los palominos, El Muerto por antonomasia y su tumba, la Tumba del Muerto, así, con redundancia y todo, que hemos querido darle. Ismael San Miguel le pone voz a ese personaje silente de nuestra historia en uno de los cuentos más logrados del libro.

La tinta que se ha usado en la impresión de este libro señala un sendero de amor y esperanza, cariño inmenso que siente el autor por esta dolida realidad que es su país y su pueblo. Esperanza genuina que se traduce en una mirada de empatía que, además de acariciar y hacernos sonreír, también nos muestra con dedo acusatorio hacia los males y podredumbres sociales. Como niño travieso, San Miguel coloca, entre la seda de la nostalgia, las espinas de sus comentarios acertados y sinceros que buscan el mejoramiento de la sociedad. Mancha de plátano que no se quita es la búsqueda de la decencia, de la superación y del bien común, que el autor aprendió de su madre, de su abuelo y de todos los buenos vecinos del Cerro. Este libro debería ser lectura obligada en las escuelas primarias de nuestro Yauco. Así, San Miguel será, como el abuelo tabaquero de nuestros niños y niñas, fuente de conocimiento y ejemplo de amor patrio.